

mo la doble acción emprendida por los dos soberanos en Suiza, campo admirable de negociaciones públicas u ocultas que recorrían sin cesar y en todas direcciones los embajadores oficiales, los enviados secretos, los reclutadores, todos los cuales eran pródigos en buenas palabras para suavizar á los señores de los cantones, gente muy arrogante y muy sentida, y en dinero para comprar las conciencias ó los soldados. Después de la ruptura de los tratados de Blois, Luis XII y Maximiliano redoblaron sus esfuerzos cerca de las ligas.

En 13 de febrero de 1507, Luis XII acometió **1507** la empresa de obtener una recluta de 4.000 mercenarios; pero encontró una gran resistencia, porque los cantones sabían que destinaba aquellas fuerzas á cooperar en el ataque de Génova, que acababa de rebelarse y que era tierra de Imperio, y jamás habíase firmado pacto alguno con el rey de Francia, sino «salvando los derechos de Imperio.» Los diplomáticos franceses reclutaron soldados aisladamente y llegaron hasta afirmar en la Dieta que las fuerzas suizas servirían en el Milanesado y en ninguna otra parte. Pero Maximiliano, á su vez, dirigióse á la Confederación y lo hizo de una manera solemne: «Vosotros, confederados, parientes inmediatos del Sacro Imperio y de la nación alemana; por vuestra culpa, el rey de Francia está á punto de ver realizados sus propósitos.» Al propio tiempo, les pedía que llamaran á sus tropas. La Confederación, ó mejor dicho, los diferentes cantones, según sus compromisos ó sus sentimientos, no cesaron de suspender la marcha de sus soldados, de autorizarles para reanudarla y de volverles á llamar, vacilaciones que favorecieron los proyectos de Luis XII, el cual prometió doble paga y consiguió que la mayoría de los mercenarios permanecieran en su servicio, siendo empleados contra la misma Génova.

VIII.—La rebelión de Génova y la entrevista de Savona

Los asuntos de Génova atraían la atención de toda Europa y podían tener graves consecuencias para la situación de Francia en el Milanesado y en Italia. La ciudad, que se había de nuevo entregado á Francia en 1499, pero en la cual existía una ardiente rivalidad entre la nobleza y el pueblo, había intentado, en 1506, una revolución interior bajo el impulso del partido popular. Los dos partidos apelaron, en un principio, ante Luis XII, pero desgraciadamente Ravenstein, que gobernaba Génova en nombre del rey, se mostraba en extremo vacilante, lo que hizo que más adelante Luis XII le censurara por no haberle dicho nunca exactamente «cómo iba el asunto de la ciudad.» Aquellas torpezas y aquellas vacilaciones hicieron creer á los genoveses que el monarca francés se consideraba demasiado débil para obrar, y en vez de una lucha intestina, no tardó en producirse un movimiento de independencia dirigido contra Francia. Italia entera se agitaba: «Variadas ciudades revoltosas, del mismo ducado de Milán, creyendo que Génova había de confundirlo todo, enviaron allí gran número de soldados.» En Milán, el lugarteniente del rey adoptó, según parece, medidas casi de estado de sitio, tales como prohibición de circular con armas y de andar de noche. Los genoveses eligie-

ron por jefe á Pablo de Novi y muy poco después (febrero de 1507) se declararon contra el rey.

Al tener noticia de estos sucesos, Luis XII se puso en camino, á pesar de las observaciones de la reina, á quien este viaje inquietaba, y Jorge de Amboise, que parecía el hombre indispensable y que conservaba toda la confianza del monarca, fué enviado á Asti para organizar los preparativos. Pero Maximiliano anunciaba su propósito de intervenir en aquel asunto, y él y Julio II propalaron el rumor de que la expedición tenía por objeto conquistar Italia y poner la Santa Sede á discreción del rey. Luis respondió «que ya no se detendría, sino que saldría armado lo más pronto posible y que si alguien le salía al encuentro para impedirlo, le presentaría batalla.» Esto no obstante, adoptó algunas precauciones, entre ellas la de enviar un heraldo á Enrique VII, el cual le aseguró su amistad y aprobó su deseo de castigar á los genoveses; además contaba con Fernando, quien, en efecto, le envió cuatro galeras.

Habíanse reunido trece mil infantes, unos novecientos hombres de armas y una poderosa artillería, y los caminos del Delfinado estaban llenos de jóvenes hidalgos que iban á servir sin sueldo, «pensando que habría mortal batalla y honra que ganar.» Los expedicionarios marcharon sobre Génova, y á pesar de la situación fortísima de la ciudad, ceñida de montañas de difícil acceso, todo cedió ante el empuje de los hombres de armas franceses que en aquel caso se convirtieron en soldados de á pié, La Palisse y Bayardo en primer término. Los genoveses debieron rendirse á discreción en el mes de abril.

El gobierno real apresuróse á propalar por todas partes la buena noticia y dícese que cuando el papa recibió la carta del rey, escrita desde Génova, permaneció tres días encerrado en sus habitaciones. El rey de Aragón y Gonzalo estuvieron mucho tiempo «sin decir palabra,» y en Alemania causó el suceso el mismo asombro y el mismo despecho. Luis XII, en efecto, parecía ser el amo de Italia y todo el mundo esperaba que explotaría su victoria; mas no fué así y el monarca francés puso empeño en tranquilizar al papa, el cual seguía dispuesto á creer en los planes de Jorge de Amboise respecto del pontificado. La misma Génova no fué tratada con tanta dureza como pudo temerse, sino que después de una entrada solemne, según las costumbres de la época, se otorgó un acta de remisión. Los genoveses pagaron 200.000 escudos y Luis realizó un viaje triunfal por el Milanesado.

En Milán recibió á los embajadores de Venecia, que se apresuró á hacerle la corte, de Florencia, que una vez más solicitó el apoyo de Francia contra los pisanos, y del papa Julio II, «que dió todos los parabienes que los de esta nación acostumbran á dar á los que tienen la fuerza en sus manos.» Pero la entrevista importante fué la que celebró en Savona con Fernando y que había de hacer patente á los ojos de todo el mundo la inteligencia política entre ambos reyes. Fernando, para poner más de manifiesto el carácter de la misma, no quiso detenerse en Ostia, en donde le esperaba el papa. Por otra parte, la cuestión de Nápoles creaba dificultades con los soberanos pontífices á causa de los derechos de soberanía que reclamaban. En una carta posterior, el rey de Aragón censura á su virrey de Ná-

polés por no haber detenido y ahorcado á un correo pontificio portador de una bula atentatoria á sus derechos.

Luis XII había declarado que se disponía á «recibir alegremente á Fernando,» el cual acudía á la entrevista acompañado de la reina Germana, de varias damas de la corte y de unos mil cuatrocientos hidalgos. El rey de Francia, que hubo de reducir su séquito, porque Savona era demasiado pequeña para recibir una gran muchedumbre, salió al encuentro de Fernando apenas éste desembarcó, y después de haberse abrazado «bastante tiempo» ambos soberanos, Luis entregó las llaves de Savona al monarca de Aragón, quien apresuróse á devolvérselas. Al otro día, los dos monarcas conferenciaron íntimamente; luego oyeron una misa que dijo el legado y después (porque los ritos de estas ceremonias han sido siempre los mismos) celebróse un banquete en el que Fernando ocupó el sitio de honor y Luis XII tuvo á su lado á la reina Germana. Junto á ellos sentóse Gonzalo de Córdoba, «que guardó gran gravedad.» Otro día, los reyes, después de cenar, se fueron á un hermoso jardín que tenía una terraza sobre el mar: Luis XII y su sobrina Germana sentáronse al lado de una ventana que daba á la rada y estuvieron charlando largo rato, mientras Fernando hablaba con el cardenal de Amboise y mientras á su alrededor se paseaban los príncipes y los prelados más ilustres, formando un cuadro digno del pincel de Veronese. A pesar de todo, subsistía aún cierta tensión, pues los franceses estaban quejosos especialmente de la joven reina de España, que se mostró altanera, seca y poco cortés.

Durante aquellos cuatro días se trataron cuestiones serias (1): ambos soberanos habían sostenido una conversación diplomática, después de la cual el rey de Aragón y el cardenal de Amboise se retiraron á una habitación en donde «permanecieron por espacio de tres largas horas ó más,» habiendo resultado de todo ello una primera cláusula de convenio, única que entonces los acontecimientos divulgaron, por virtud de la cual Fernando concedía á Luis XII un socorro de tropas auxiliares, lo que indicaba, cuando menos, una inteligencia contra Maximiliano. Los contemporáneos creyeron que aquella entrevista había preparado grandes acontecimientos, cuando en realidad no había hecho sino mantener el estado de paz existente sobre la base del *statu quo*, lo que ciertamente era bien poca cosa.

No por esto se contuvo Maximiliano, quien en la Dieta reunida en el mes de mayo en Constanza, exclamó: «El rey de Francia quiere arrebatar á Alemania la corona imperial! Me propongo llevar un ejército á Italia y ceñir allí la imperial corona y luego consagraré todos mis esfuerzos á destruir las esperanzas de los franceses y á expulsarlos de Italia. Apelo á vuestra grandeza de alma y á vuestro valor, virtudes que siempre han sido las cualidades esenciales de los alemanes.» La elocuencia del rey de los romanos «penetró en todos los corazones como oro derretido,» y los príncipes prometieron tropas.

Maximiliano, que se prometía dar «muchos quebraderos de cabeza» á Luis XII, estaba en negociaciones con

(1) Véase De Maulde, *L'entrevue de Savonne*, «Revue d'histoire diplomatique,» tomo IV, 1890.

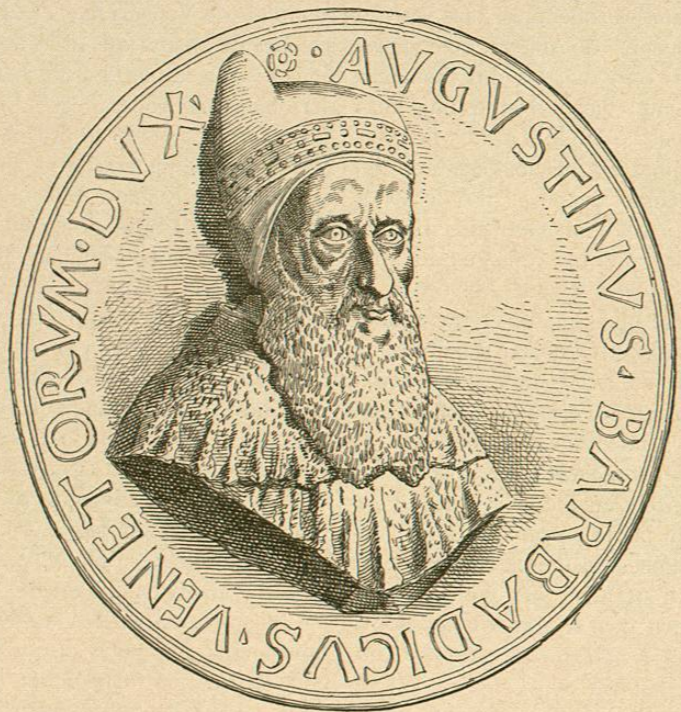
Venecia y enviaba agentes á Suiza; pero los embajadores franceses repartían allí el dinero «en las calles, en las encrucijadas, en las aldeas, en los baños, en las hosterías y en los mercados.» Gracias á esto el rey de Francia conservó su posición y los suizos no enviaron al enemigo de éste más que sus banderas, es decir, el testimonio de su fidelidad al Imperio, pero de una fidelidad inactiva.

Maximiliano, sin embargo, se fué á Italia y en el mes de enero de 1508 tomó en Trento el título de emperador, sin ser coronado por el papa; y como la república de Venecia había rechazado las proposiciones de alianza que él le había dirigido, se propuso obligarla por la fuerza á unirse á él. Pero habiendo sido derrotadas sus tropas, regresó á Alemania con muy escasos recursos, como lo prueba el hecho de escribir á Margarita que hiciera llevar á Metz 10.000 florines de oro: «Hemos gastado todo nuestro dinero contante y nos vendría buscarlo en nuestros países de Austria, pero no vendría en seguida.» Margarita sabía de sobra que el dinero de Austria «no vendría nunca.» El 6 de junio firmó Maximiliano una tregua con Venecia y el 13 otra con Luis XII, y en julio, en medio de los aprestos guerreros que las dos partes hacían *pro formula*, entabláronse negociaciones que cinco meses después habían de dar por resultado el tratado de Cambrai.

Cuando se resume la historia de los diez años transcurridos desde el advenimiento de Luis XII, se pateniza la desproporción flagrante entre el esfuerzo empleado y los resultados obtenidos. La política real se inaugura con un éxito rápidamente conseguido, la conquista del Milanesado; pero los seis años siguientes se señalan únicamente por faltas ó por fracasos: la torpe alianza con España; la expedición contra Nápoles, afortunada mientras no hay nadie á quien combatir, pero mal dirigida y desastrosa en cuanto se lucha con un enemigo serio; planes que se entremezclan y contradicen unos con otros; los ejércitos y las hostilidades á merced, como sucedió en 1503, de la muerte de un papa y de las ambiciones de un cardenal, un verdadero exceso de trabajos diplomáticos, combinaciones de matrimonios regios siempre en su período de gestación; una contradanza continua de alianzas entre España, Francia y el Imperio; la misma casualidad interviniendo, al parecer, en aquella política tan entregada al azar, y las muertes inesperadas de los soberanos desenlazando de momento los problemas políticos, pero para volver luego á complicarlos. En una palabra, como conclusión de todos aquellos esfuerzos, los dos actores principales obtienen: Maximiliano la corona imperial y Luis XII la investidura de Milán, es decir, dos títulos vacíos.

Aquellos años, por consiguiente, podrían suprimirse de la historia, pues ésta, durante los mismos, no avanza un solo paso. ¿Quiere esto decir que carezcan de interés? De ningún modo. El espectáculo de la diplomacia tiene en ellos valor como espectáculo, es decir, como manifestación de las actividades de la época; las tentativas, las torpezas mismas, nos muestran el estado de la Europa en vías de formación, agitándose, gastando un exceso de fuerzas para la realización de planes que no merecen el empleo de tales energías. Pero juzgando bien las cosas, se ve que lo mediocre es

la política, no los acontecimientos; mejor dicho, los hombres de aquel tiempo tuvieron el instinto de las graves cuestiones que empujaron hasta igualarlas con su insignificancia, porque al través de las luchas por el Milanesado ó por Nápoles, encontramos frente á frente á Austria, España y Francia, planteándose el problema del equilibrio entre estas naciones. La Francia de Luis XII hace, con toda clase de inexperiencias de niño, el aprendizaje de la política que seguirá contra la casa de Austria.



Medalla de Agustín Barbadigo, dux de Venecia. (Anverso.)

CAPITULO III

LAS COALICIONES (1508-1514)

I. Liga contra Venecia. - II. Agnadel. - III. Muerte de Jorge de Amboise. - IV. La Santa Liga. - V. Rávena. - VI. Los dos concilios. - VII. Pérdida del Milanesado. - VIII. Entrada en escena de Inglaterra.

I.—Liga contra Venecia (1)

En 1508 prodújose un nuevo cambio en las combinaciones de la política, sucediendo á la lucha entre la mayor parte de los soberanos por los asuntos de Italia un ensayo de unión contra una potencia italiana, Venecia. Este acontecimiento tuvo como punto de partida una aproximación momentánea entre Francia y el emperador, aproximación por virtud de la cual la alianza española pasa de primero á segundo término, y que

(1) A las fuentes y obras generales indicadas para el conjunto del libro I y para el capítulo II hay que añadir: la *Correspondance de Marguerite d'Autriche avec Maximilien*, 1507-1519 (publicada por Le Glay para la «Société de l'Histoire de France», 1839). P. Van den Berghe, *Correspondance de Marguerite d'Autriche sur les affaires des Pays-Bas de 1506 á 1528*, 2 tomos, 1845-47 (importante para la cuestión de Güeldres). Kohler, *Les suisses dans les guerres d'Italie de 1506 á 1512*, 1897. Brewer, *The reign of Henry VIII*, 1844.

traerá como inesperada consecuencia sacar al papado del retraimiento que hasta entonces había observado.

Tiempo hacía que Venecia inspiraba sospechas á las grandes potencias; los engrandecimientos de aquella república no habían podido realizarse sino merced á una diplomacia equívoca que bordeaba sin cesar entre todos los intereses. Desde que se formó entre Luis XII y Maximiliano el proyecto de tratado firmado en Trento en 1501, habíase pensado en proceder contra Venecia; esta idea aparecía en el fondo de todas las negocia-

ciones y el gobierno veneciano no abrigaba sobre este punto ninguna ilusión, si bien contaba, para escapar del peligro, con las tergiversaciones de Maximiliano, con las dificultades con que luchaba la política de Luis XII y con la desavenencia entre ambos príncipes.

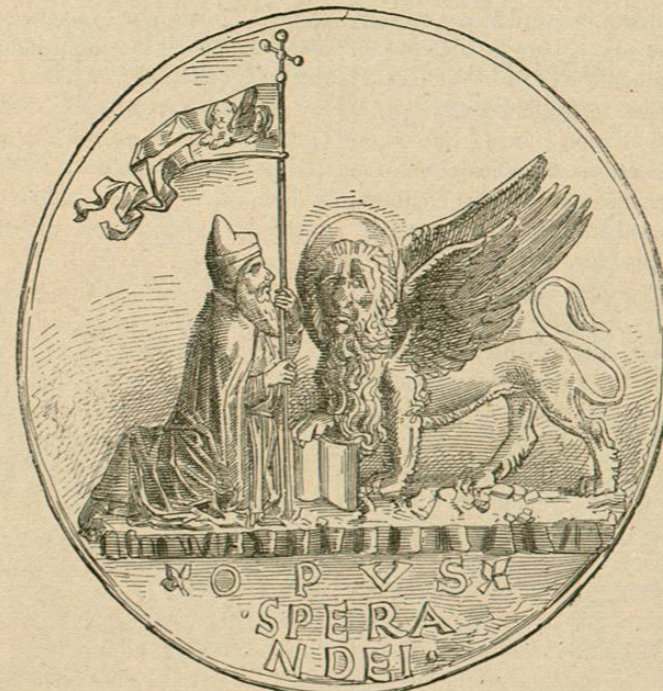
Luis XII echaba en cara á la República el no haber mantenido debidamente la alianza pactada en 1499 y el haber observado una conducta equívoca cuando la revolución de Génova. No ignoraba que Venecia tenía puestos los ojos en ciertas ciudades del Milanesado y que las cuestiones de fronteras suscitaban frecuentemente dificultades entre ambos países. Maximiliano fué bastante hábil para aprovechar las causas de descontento de Francia á fin de arrastrarla en sus combinaciones.

En el mes de agosto, Margarita de Austria escribía á Luis XII: «De tal manera me esforzaré en trabajar por el arreglo de los negocios, que con la ayuda de Nuestro Señor resultará de ello un buen fin para el bien universal de toda la cristiandad, como siempre he deseado y deseo.» En 22 de noviembre, el cardenal de Amboise, provisto de un «poder bueno y suficiente», llegó á Cambrai con 1.440 personas á caballo y en tal compañía entró Margarita en la ciudad, que había sido exactamente dividida en dos barrios.

En 10 de diciembre se firmaron allí dos tratados: el

emperador y el rey de Francia pactan juntos una paz que durará tanto como su vida y un año más después de la muerte de uno de ellos. Allí también reciben los dos soberanos á sus aliados, especialmente al papa y á los reyes de Inglaterra, de Hungría y de Aragón, y la Güeldres. A instancias del papa, se formará una alianza entre Maximiliano y el rey de Francia para proteger la fe cristiana, es decir, contra los otomanos ante todo, comprometiéndose ambos príncipes á realizar una expedición á Oriente, después de haber dirigido un llama-

de su abuelo materno, Fernando, ó en vida de éste, no sólo en Castilla, sino además en Aragón? ¿Qué situación se reservaba á la reina Juana y á su segundo hijo Fernando? Y sobre todo, ¿qué sucedería si el rey de Aragón tenía de su esposa Germana un hijo varón? Para obtener la cooperación de España, Maximiliano consentía en dejar por de pronto en suspenso todas estas cuestiones, á reserva de reproducirlas en ocasión oportuna. El emperador puso gran empeño en hacer entrar en el tratado á sus amigos de Navarra, estipulan-



Medalla de Agustín Barbadigo, dux de Venecia. (Reverso.)

miento á todos los soberanos de Europa; y si el turco invadía los Estados cristianos, todos los confederados «vendrían obligados á correr allí como á un incendio.»

Pero el turco sólo figura allí en apariencia; la fe cristiana consiste también en conservar los derechos y los bienes de la Santa Sede, y como los venecianos los usurpan y el emperador es el verdadero «abogado» del Papado, los dos contratantes forman una liga especial contra aquéllos, liga á la que se adhieren el papa, en cuyo nombre comprometiése el cardenal de Amboise, y el rey de Aragón. El Sumo Pontífice lanzará el interdicto contra Venecia, y en 1.º de abril de 1509 cada uno de los coligados habrá de invadir los Estados de la República y ninguno de ellos abandonará la guerra antes de que restituya á los confederados lo que éstos sobre aquella reivindican, á saber: Verona para el emperador, Brescia para el rey de Francia, Rávena para el papa y Otranto para el rey de España. Aunque estas cláusulas fueron comprendidas en el tratado secreto, en realidad constituían el fondo esencial de los convenios.

Habiendo sido incluido en la liga el rey de Aragón, se convino en que se arreglarían amigablemente los asuntos de Castilla, que preocupaban en alto grado al emperador y á su hija Margarita. ¿Cuál sería la posición del joven Carlos de Austria después de la muerte

do que ni el rey de Francia ni Gastón de Foix intentarían nada contra ellos dentro de un plazo de un año á lo menos; pero Luis XII y Ana estaban tan irritados contra los navarros, que en poco estuvo que por esta causa no se rompieran los compromisos contraídos. A última hora, el cardenal presentó á Margarita algunas cartas «muy extrañas;» mas habiendo aquélla amenazado con marcharse de Cambrai, el prelado hubo de ceder.

A cambio de estas concesiones ó de estos compromisos, Luis XII consiguió que el emperador aceptara la ruptura del casamiento franco-austriaco, que cesaran todas las antiguas contiendas entre las casas austro-borgoñona y francesa y que se le prometiera la investidura formal del Milanesado, que hasta entonces sólo le había sido conferida de una manera incompleta. Pero en los compromisos contraídos por Maximiliano había toda clase de restricciones. La investidura del Milanesado sólo se otorgaría cuando Luis XII hubiese invadido la frontera veneciana, al paso que el emperador tenía un plazo de cuarenta días, á partir de 1.º de abril de 1509, para alistar todas sus fuerzas, de modo que lanzaba á la lucha al rey de Francia en tanto que él se reservaba. Margarita podía escribir que tenía «la esperanza de ser bienvenida ante monseñor y padre el emperador;» y aún podía obrar de buena fe cuando aseguraba á Luis XII que la voluntad de su padre res-